

LA INSEGURIDAD NACIONAL

No obstante la reciente adquisición de equipo por parte de la Secretaría de la Defensa, es claro que la seguridad nacional mexicana no está amenazada militarmente por ninguna fuerza externa. En realidad no lo ha estado desde el final de la II Guerra, ni se ve en el horizonte peligro alguno de esa índole. Ahora bien, eso no quiere decir que la seguridad de México frente al exterior esté asegurada. En realidad, todo indica que hoy nos encontramos metidos en algo que se puede llamar una situación de inseguridad nacional.

Antes de seguir adelante es necesaria una definición del concepto. La más simple y directa es esta: seguridad nacional es la capacidad de un Estado para proteger para proteger los valores internos de las amenazas externas. Hecha la definición, conviene un par de aclaraciones: en primer lugar, las amenazas a la seguridad de un país no siempre son militares; en segundo, la seguridad del gobierno y del grupo gubernamental, no necesariamente es equivalente a la seguridad de la nación. Es verdad que a todo grupo en el poder le interesa presentar su seguridad y la defensa de sus intereses particulares como parte de la seguridad e interés de la nación, pero con frecuencia no es ese el caso. En ocasiones, cuando existe un gobierno legítimo, quien actúe en su contra estará efectivamente atentando contra el interés de la nación; ese fue el caso cuando, por ejemplo, cuando en 1913 el ejército federal destruyó al gobierno

presidido por Francisco I. Madero y abrió el camino a fuertes presiones norteamericanas. Sin embargo, hay otras ocasiones en que la seguridad de los gobernantes y la seguridad de la nación son antagónicas, como es el caso actual de Haití. En ese país, los esfuerzos del gobierno por dar prioridad a la seguridad del general Raoul Cédras que en 1991 derrocó al presidente Jean-Bertrand Aristide, le han traído a la nación haitiana un aislamiento y un embargo internacional que afectan su interés y su seguridad.

La seguridad nacional mexicana no se encuentra en su mejor momento. Sin embargo, no será con la compra de equipo militar como se resuelva el problema. Hoy, la amenaza externa a nuestros valores fundamentales es básicamente de naturaleza económica, y los responsables están dentro y no fuera del país. En efecto, la relación comercial y financiera de México con el resto del mundo se desarrolla en circunstancias difíciles, y algunos de sus efectos indirectos sobre eso que podemos considerar los valores centrales -empleo, nivel de vida, equidad, independencia- es francamente negativa.

Para los mexicanos, el problema más importante es volver a lograr tasas de crecimiento económico similares o mayores a las que alguna vez tuvimos en un pasado no muy lejano -6 o 7 por ciento anual- pues es la única manera de superar el estado de subdesarrollo y su ramillete de consecuencias negativas; pobreza, desigualdad social, marginación, desequilibrios regionales, etcétera. Sin embargo, frente a lo deseable está la realidad: el crecimiento actual es de magnitud inferior al 1 por ciento anual; se trata de una tasa

obviamente inútil para hacer frente con éxito a nuestros desafíos colectivos. Ahora bien, ese crecimiento económico raquítico está relacionado, y mucho, con Las altas tasas de interés que prevalecen en México y que son un obstáculo para las planes de las empresas, e especial para los pequeños. Las tasa actuales de interés -17 por ciento en Cetes- son muy atractivas para el capital externo que viene a invertir en papeles mexicanos -en Estados Unidos a los certificados de depósito les pagan cuatro veces menos-, pero son terribles para los productores mexicanos que tiene que competir con industriales o prestadores de servicios de los países desarrollados y que, además de otras ventajas, disponen de crédito barato.

El que México tenga que pagar tasa tan altas se explica entre otras cosas, porque el modelo económico que hoy está en marcha necesita con desesperación flujos positivos y cuantiosos de capital externo. Y esta necesidad se origina en el hecho simple y contundente de una balanza de intercambio de nuestro país con el resto del mundo, que es sistemáticamente negativa y por mucho,. En efecto, en los últimos tiempos, nuestros déficits superan los veinte mil millones de dólares anuales en promedio. El mundo externo -o más exactamente , los grandes especuladores- saben de nuestras necesidades y Las han podido aprovechar muy bien. Al concluir el año pasado, por ejemplo, la mayor parte de la inversión extranjera en nuestro país -más del 53.2 por ciento- no tenía como meta reforzar nuestra planta productiva, es decir convertirse en edificios y maquinaria, en empleos y producción para la exportación; no esa inversión se dirigió

al mercado de valores mexicano a especular, a sacar altas ganancias casi sin riesgo, pues al menor indicio de problemas o de mejores condiciones en otros mercados, se puede volver a convertir en dólares y salir del país.

Uno de esos momento críticos -y que mostraron claramente la vulnerabilidad del modelo económico hoy en operación- llegó cuando el candidato del partido de Estado, Luis Donaldo Colosio, fue asesinado el 23 de marzo. Para mantener la estabilidad cambiaria frente a la ola de incertidumbre política que recorrió entonces el país, el gobierno norteamericano debió abrir un crédito a México por seis mil millones de dólares, y el Banco de México, por su parte se vio obligado a elevar Las tasas de interés y a utilizar una parte de sus reservas internacionales en una proporción que no se ha hecho pública, pero que justamente por ello debió ser importante. Si la fuga de dólares no se hubiera detenido en abril, la devaluación hubiera sido inevitable, pues el monto de capitales externos que son inversión de cartera y que pueden irse de un día para otro, es muy superior a cualquier reserva del Banco de México: se trata nada menos que de 53 mil 273 millones de dólares, según datos de septiembre pasado.

Si la devaluación se hubiera materializado en abril, la inflación hubiera retornado y todo el esquema en que está montada la estrategia económica y política del salinismo, se hubiera cimbrado o venido abajo. Finalmente el desastre no ocurrió, pero la contrapartida de esa salvada por un pelo es, en realidad, otro

desastre casi igual: Las altísimas tasas de interés que los mexicanos, como conjunto estamos pagando hoy a los extranjeros que compran nuestros Cetes; esos intereses son, a fin de cuentas, recursos que no podemos destinar a promover el crecimiento que necesitamos desesperadamente pero no logramos tener.

Es verdad que la deuda pública externa mexicana es hoy inferior a lo que era al concluir el sexenio de Miguel de la Madrid, pues disminuyó de más de cien mil millones de dólares a alrededor de 79 mil millones . Sin embargo, esta última cifra -y por la cual se canto el himno nacional en el Palacio- es engañosa, pues la deuda total de México con el exterior hoy es mucho mayor que en el pasado. En efecto, a la deuda pública externa hay que agregarle la deuda privada externa (38 mil millones de dólares), sumarle los títulos de deuda pública interna en manos de extranjeros y convertibles en dólares (19 mil millones de dólares) y finalmente, añadiría los papeles de renta variable también propiedad de extranjeros e igualmente convertibles en divisas (34 mil millones de dólares), en total: 170 mil millones de dólares. Ahora bien, si a ese total se le agregan los casi 41 mil millones de inversión externa directa acumulada -está si invertida en fábricas, bienes, tecnología- tenemos que el gran total de los pasivos de México con el exterior a fines dell año pasado era de 211,389,000,000 dólares (cifras tomadas de José Luis Calva, *El Financiero*, 13 de mayo, 1994).

La enorme y costosa dependencia de México del ahorro externo, es hoy una verdadera amenaza a nuestros valores centrales, y no me

refiero al nacionalismo. La forma en que se aplicó al modelo neoliberal en México hizo que nuestro país se convirtiera en el mayor captador de inversión externa de América Latina, pero esa adicción del modelo al endeudamiento externo -abierto y disfrazado-, ha terminado por meternos en un círculo vicioso muy peligroso y contrario a nuestro interés nacional: es tal la suma de recursos que debemos destinar a mantener altas Las tasas de interés para que no se vaya el capital de los especuladores extranjeros -principalmente norteamericanos-, que realmente nos quedan muy pocos recursos para invertir en nuestro desarrollo. Y es justamente esa falta de desarrollo -la persistencia de la depresión económica más larga del siglo XX mexicano-, uno de los factores más importantes del descontento social que hoy se manifiesta de formas diversas. En situaciones extremas, como Las que viven Las comunidades indígenas de Chiapas -y que no son diferentes a Las que prevalecen en otros estados del sur del país-, ese descontento desemboca en rebeliones como la que hoy encabeza el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Así pues, la seguridad nacional no se va a recobrar importando armamento, sino disminuyendo la dependencia del capital especulativo extranjero. Ahora bien, si diagnosticar el mal es fácil, dar con el remedio no.

Necesitamos urgentemente modificar la composición del capital externo -aumentar la inversión directa y disminuir la especulativa- para bajar Las tasas de interés y dirigir esos recursos a la inversión y a la generación de empleos. El subempleo y el desempleo

no son mitos geniales, sino realidades que desmoralizan a quienes Las sufren y que, además, significan un desperdicio social terrible. Veamos sólo un indicador entre muchos que pone de manifiesto la magnitud del problema en que estamos metidos y lo difícil cuanto urgente de su solución. Según Las cifras de Lorey y Aida Mostkoff (*Statiscal Abstract of Latin America*, Vol. 30, Part. 2, UCLA, 1993), entre 1980 y 1990 en México egresaron de Las universidades un millón 162 mil 352 profesionales, pero para ellos únicamente se crearon en el mismo periodo 311 mil 452 empleos (p. 1353). Ochocientos mil egresados del sistema universitario se quedaron pues, sin empleo o se emplearon en otra actividad que no fue para la que se prepararon. Y ahí no termina la historia, según los datos disponibles, al concluir el decenio pasado, de los profesionistas con empleo, el 59.4 por ciento ganaba. En promedio, menos que un oficinista. Si al finalizar la Revolución Mexicana, entre los años de 1940 a 1960 la educación fue la vía de la movilidad social, hoy ya no es el caso y eso ha creado problemas de fondo.

El potencial para la inestabilidad social es hoy grande. Políticamente, México debe manejarse con una gran sensibilidad en tanto se le encuentra la salida al terrible círculo vicioso de la dependencia del capital especulativo externo y se reordenan Las prioridades. Hay que volver a recuperar la seguridad económica nacional perdida para, entre otras cosas, hacer innecesaria la compra de armamento. Ojalá corramos con suerte y podamos lograrlo.

